

INSEGURIDAD Y MIEDO

VÍCTOR CODINA

No parece exagerado afirmar que en la Iglesia se vive actualmente una atmósfera de inseguridad y miedo.

Hay miedo al marxismo, aún no superado a pesar del derrumbe del socialismo real de los países del Este.

Hay miedo al moderno mundo secular, que ha desplazado a la Iglesia del ámbito público, relegándola a la esfera de lo privado y dejándola en una postura un tanto incómoda, sobre todo en países de antigua tradición católica.

Hay miedo al diálogo ecuménico, que se ha ido frenando, pues se teme pueda conducir a una especie de indiferentismo y pérdida de identidad católica.

Hay miedo al diálogo inter-religioso, sobre todo cuando se trata del diálogo con las grandes religiones de la humanidad, como el hinduismo y el budismo, pues se prevén graves consecuencias teológicas de cara a la revelación, la cristología, la moral, la liturgia, la espiritualidad, etc.

Hay miedo a la colegialidad episcopal y al resurgir de las iglesias locales, pues se teme que ello pueda romper la unidad católica y provocar una dispersión.

Hay miedo a los laicos, sobre todo a su opinión en la Iglesia y a sus compromisos en la Sociedad, por más que se hable de su protagonismo eclesial y de su responsabilidad secular.

Hay miedo a la mujer y a su participación en las decisiones de la Iglesia, aunque se defiendan sus derechos en la Sociedad.

Hay miedo a los teólogos, sobre todo a su disenso, que puede minar la autoridad del magisterio y crear divisiones en el seno de las comunidades.

Hay miedo a las culturas, aunque se hable de inculturación, pues el problema cultural puede tener consecuencias más graves aún que la misma cuestión social, y necesariamente conlleva una crítica del eurocentrismo eclesial.

Hay miedo a los jóvenes, aunque se intente captarlos, porque son demasiado críticos y libres frente a la Iglesia.

Hay miedo a la teología de la liberación latinoamericana, pero mucho más a las teologías asiática y africana, que presentan propuestas aún más novedosas y radicales.

Hay miedo a las comunidades de base, y por eso se intenta «parroquializarlas» al máximo.

Hay miedo a la vida religiosa y a su profetismo, que se quiere frenar a toda costa.

Hay miedo a las sectas, que cada día crecen más y atraen a un mayor número de miembros de la Iglesia.

Hay miedo a revisar temas como el del ministerio ordenado, el del celibato, el de los ministerios laicales o el de la ordenación sacerdotal de la mujer.

Hay miedo a los cambios litúrgicos y a las experiencias en el campo de la formación sacerdotal y religiosa...

Indudablemente, esta situación de miedo generalizado se contagia a los diversos estamentos de la Iglesia, donde se detecta por todas partes un miedo latente y nunca confesado, pero muy real: los obispos tienen miedo a los nuncios y a la curia romana; la vida religiosa, a los obispos; los laicos, al clero; las mujeres, a los varones; los teólogos, al magisterio; los jóvenes, a los adultos; las Iglesias locales, al centro...

En este clima, es lógico que surja casi espontáneamente la búsqueda de seguridades. Por eso se propicia una afirmación de la identidad cristiana y una vuelta a las raíces de la propia fe y de la propia tradición, lo cual es siempre necesario, y mucho más en momentos de crisis. Pero a ello se añade el deseo de una seguridad doctrinal, moral, jurídica y estructural. Da la impresión de que en la Iglesia se está viviendo algo parecido a lo que la sociedad ha vivido bajo la doctrina de la seguridad nacional¹. En este caso, se trataría de una especie de doctrina de la seguridad eclesial, inconfesada pero real, que tiende a una uniformidad en todos los campos y a un creciente proceso de centralización. El "Catecismo Universal" ha sido visto por algunos observadores como un síntoma inequívoco al respecto².

Más aún, algunos se preguntan si no estaremos encaminándonos hacia una cierta forma de integrismo eclesial, como sucedió en tiempos de Pío X³. La obra de Rosmini, *Las cinco llagas de la Santa Iglesia*, parece revestir nueva actualidad.

Pero es posible que detrás de estos miedos se esconda otro miedo más profundo y radical: el miedo a la novedad de Dios y de su Espíritu, que se reflejaría en la falta de fe y de esperanza, en la esclerocardia o dureza de corazón (Mc 6, 52; Lc 24, 25) para creer y seguir adelante con alegría, en la falta de audacia y de "parresía" para aceptar el evangelio.

Este miedo nos hace aferrarnos a lo seguro, a nuestras rutinas personales, estructurales, doctrinales o morales, a la defensa del *status quo* eclesial, con el indudable peligro de pecar contra el Espíritu (Mt 13,31-32). Y ello, aunque se encubra con el ropaje de ortodoxia o de defensa de la ley de Dios y la moral.

Nos hallamos en las antípodas del Vaticano II, el cual afirmó que "la Iglesia peregrina en este mundo esto llamada a esta constante reforma, de la que ella, en cuanto institución humana, necesita permanentemente" (UR, 6). Pablo VI, por su parte, dijo que "la palabra 'novedad', que el concilio ha repetido, nos ha sido dada como una orden, como un programa; más aún, como una esperanza⁴.

Las palabras que K. Rahner escribió para el Sínodo de la Iglesia alemana de 1971 siguen teniendo actualidad a más de veinte años de distancia: "¿Dónde se

habla con lenguas de fuego de Dios y de su amor? ¿Dónde se mencionan los mandamientos de Dios, no como un penoso deber que cumplir, sino como una gloriosa liberación del hombre de la angustia vital y del egoísmo frustrante? ¿Dónde, en la Iglesia, no sólo se ora, sino que se experimenta la oración como un don pentecostal del Espíritu, como una gracia sublime? ¿Dónde hay, por encima de toda inculcación racional de la existencia de Dios, una mistagogía de cara a la experiencia viva de Dios que parta del núcleo de la propia existencia? ¿En qué seminario se leen aún los clásicos antiguos de la vida espiritual con el convencimiento de que también hoy tienen algo que decirnos?⁵

Es certera la opinión de G. Alberigo: "En estos últimos años, sorprendentemente, han tenido fortuna posiciones que en los años sesenta caracterizaban a los ambientes más conservadores de la curia romana y del episcopado. Se asiste, en efecto, a una clara aparición de actitudes que el Vaticano II desechó inequívocamente y consiguió superar, y que habían quedado circunscritas a grupúsculos nostálgicos. Parece extenderse una valoración pesimista de la historia, penetrada de maniqueísmo, un rechazo de la invitación del Concilio a las Iglesias para que vuelvan a una actitud peregrina y misionera, como si ello implicase un abandono de la tradición, y, finalmente, una reaparición de la eclesiología 'cerrada' del período postridentino, a favor de una Iglesia parapetada como una fortaleza celosa de su pureza y provista de condenas⁶.

A la situación creada por la caída del Este y la crisis de Occidente, por el ansia de lo sagrado y la emergencia de algo nuevo en los países del Sur, se añade el malestar eclesial.

Es noche oscura, tiempo de perplejidad y de discernimiento. Cuando nos parecía que con el Vaticano II ya estaba todo claro y que el tema de la apertura al mundo y a los pobres se podía dar por aceptado, ahora se cuestiona el Concilio, el mundo moderno y la liberación.

¿Hacia dónde nos lleva el Espíritu? ¿Se trata de volver hacia atrás, hacia una nueva Edad Media, hacia una nueva cristiandad, aprovechando las raíces cristianas de Occidente? ¿O se trata de reconocer los signos de los tiempos y de mirar hacia adelante y a lo lejos, como Juan XXIII proponía en su Diario espiritual pocos días antes de su muerte?⁷.

1. Cf. *Puebla* 547-549.

2. Cf. *The Tablet*, 24.03.1990, y *América*, marzo 1990. Véanse además otros comentarios, como los de J.I. GONZALEZ FAUS, "El Catecismo de una Iglesia": Noticias Obreras 1091-93 (15.03.1993)153-162; *El Ciervo* 503 (febrero 1993); *Foc Nou* 225 (enero 1993)...

3. Cf. J.I. GONZALEZ FAUS, "En el 75 aniversario de La Sapinière", en *Memoria de Jesús, memoria del pueblo*, Santander 1984, 155-197. Véanse las definiciones de "integrisimo" dadas por M. BLONDEL (*Annales de Philosophie Chrétienne*, 1910), H.U. von BALTHASAR ("Integrisime": *Wort und Wahrheit* 12[1963]737-744) e Y. CONGAR (*Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*, Madrid 1953, 451-460), traducidas todas ellas en *Sal Terrae* 838 y 842/43(1983)235-239 y 575-580.

4. PABLO VI, audiencia del 02.07.1969; cf M. DIAZ MATEOS, *La vida nueva. Fe, esperanza y caridad*, Lima 1991, 177-182.

5. K. RAHNER, *Cambio estructural de la Iglesia*, Madrid 1974, pp. 104-105.

6. G. ALBERIGO, *La condición cristiana después del Vaticano II*, en la obra editada conjuntamente con J.-P. Jossua, *La recepción del Vaticano II*, Madrid 1987, p. 42.

7. Texto del 24 de mayo de 1963.